

### **¿A Quién Pertenece la Muerte de Tres Hombres de Cuba?**

Son las nueve de la mañana, y en el edificio de un gran diario neoyorquino, algunos uruguayos nos hemos puesto a leer los titulares de otro diario neoyorquino: “Consejo de Guerra en Cuba -dice- condena tres marinos a muerte”.

Más abajo, sintética, heroica, pura, la historia del proceso. Son los tres marinos más gravemente comprometidos en el levantamiento armado de hace veinte días, en la base de Cienfuegos.

Son el alférez de fragata José Ramón Quesada, el cabo suplente Luis Alcea Zerquera, el marinero Raúl Arquet. La acusación contra este último honraría el epitafio de Martí. En efecto, se le acusa de haberse apoderado él solo, en la madrugada del 5 de setiembre, de la base naval de Cienfuegos, desarmando a la totalidad de los oficiales.

Este crimen, por el cual tendría Raúl Arquet derecho a sentarse a la diestra de Simón Bolívar, determinará para él, como para el alférez de fragata y el cabo suplente, ser pasados por las armas, dentro de algunas horas.

Fabregat, a quien cinco años de Embajador no han conseguido borrar el ánimo de dirigente estudiantil, el arrebato de la FEUU, el encendido además de cuando se levantaba en las asambleas de la Convención Batllista, en el Royal, sigue leyendo y releendo el título de “La Prensa” de Nueva York, como si en vez de un título fuera un telegrama dirigido a él, personalmente, por los tres condenados.

Mientras tanto, la totalidad de los delegados uruguayos sigue llegando hasta este piso 15 -¿cómo iba a ser otro el número?- del edificio del “News Dail”, al cual alquilamos la oficina permanente de la delegación.

“Consejo de Guerra en Cuba condena a...”

No hay instrucciones: hay Uruguay.

Reunida la delegación para considerar el caso, este puede resumirse en cinco palabras, porque el grueso tomo de tapas naranja que contiene las instrucciones de nuestra Cancillería a sus delegados no comprende, obviamente, la actitud a seguir. No hay instrucciones.

Hay en cambio un país lejano y chiquito, cuya tradición no tolera vacilaciones. Es el país donde hemos nacido los diez que aquí estamos, el país a cuyos hijos tiene que alcanzarles siempre con las instrucciones de 1813.

Además, no es la primera vez que nos metemos donde no nos llaman. En el pasado reciente la delegación uruguaya ha planteado, contra toda lógica, pedidos de clemencia para condenados a muerte en Egipto y en Guatemala. Y cuando estuvo Luis Batlle de delegado en la UN, planteó el reclamo contra la condena a muerte por Franco de 25 sindicalistas, y les salvó la vida. Y hace apenas unas semanas, era Rodríguez Fabregat el que protestaba en la tribuna de la Asamblea por los fusilamientos en Hungría, como otro delegado uruguayo -a quien casi fusilaban- pidió clemencia, hace ya algunos años, por Goebbels, nada menos, T Goering, y los demás de Nuremberg.

Además, como dice irrefutablemente Fabregat, Hungría y Cuba serán muy diferentes, pero ser fusilado es lo mismo en cualquier parte...

### **Chartone**

Mientras las horas corren en las celdas de Cuba donde Arquet, quizás, esté escribiendo a su madre o a su hijo, aquí, en Nueva York babilónica y libre, se levanta el telón sobre el acto segundo.

Es en el "Room 8" de la planta baja de las Naciones Unidas, a las once de la mañana casi, y en el seno del bloque latinoamericano. Un enorme pupitre circular de diez metros de diámetro, y en él, bajo la Presidencia del Embajador Montero de Vargas, de Paraguay, las 20 patrias americanas que hablan español, dialogan a través de sus excelentísimos señores representantes extraordinarios: el de Somoza, el de Trujillo, el de Batista, el de Pérez Jiménez... El odioso Uruguay representa aquí una palabra maldita que proviene del griego: la palabra "democracia".

Hoy, además, colocando insolencia sobre insolencia, va a representar también, contra todo buen tono diplomático, la incómoda palabra "clemencia".

Se está discutiendo cómo votar la creación de una 81 vicepresidencia en la Asamblea, que ha sido propuesta por el bloque europeo, y nadie que mire la cara impasible del Dr. César Charlone, su expresión cortés y distante, puede suponer que lleva una bomba atómica en la intención. O algo más, quizás: una propuesta cuya sola consideración puede poner en peligro la permanencia de muchos señores embajadores en sus cargos.

Cuando Charlone pide la palabra son varios los que se inclinan con sonrisa afable para escuchar lo que suponen serán las opiniones del Uruguay sobre la 81 Vicepresidencia. Pero el Uruguay es el único que ha leído "La Prensa" de Nueva York, esta mañana...

El efecto que haría, en una reunión social, alguien que con naturalidad cordial se dirigiera al dueño de casa para hablarle, amablemente, de las infidelidades de la dueña de casa, su esposa, no sería menor.

Con su voz inalterable y suave, su mirada amable y tranquila, Charlone se ha puesto a decir palabras incómodas: fusilamientos, hermano pueblo, distinguido embajador y colega, clemencia, conmutación, Uruguay, bloque, pedido conjunto, urgencia, ahora mismo!

El embajador de Cuba, cuyas manos tiemblan de indignación, protesta paseando la vista por los asombrados colegas que, sin lugar a dudas, comparten todos la enorme razón que le asiste.

Charlone, que ha sido más claro que el agua, teme no haber sido entendido por los distinguidos y excelentísimos colegas y repite: fusilamientos, clemencia, Uruguay, bloque, pedido conjunto...

El Presidente del bloque desearía ser fusilado y el único que, con virilidad admirable, recurre a una solución salvadora, es el excelentísimo embajador dominicano, representante de Trujillo:

-Propongo -dice- que se levante de inmediato la sesión!

Fabregat le clava la mirada como para aniquilarlo y el embajador de Trujillo - parecido de cara al senador Cusano, sólo que más morocho- repite la proposición,

que, en su boca, es algo así como la declaración suprema del fundamental derecho humano a no ser invitado a discutir nada que le pueda costar a uno el cargo.

Y sin que Charlene haya tenido tiempo de decir una sola cosa más, la sesión se disuelve, la gente se va literalmente, y los tres uruguayos -Charlene, Fabregat, un servidor- nos quedamos solos en la sala 8, donde, por lo visto, hablar de ciertas cosas constituye la expresión misma de una criminal mala educación.

La United Press, claro está, hace ya cinco minutos que está repartiendo en América la noticia del pedido de clemencia uruguayo. En América quizás, el eco no sea el mismo que en esta sala, vacía ahora, y vacía también hace 10 minutos, cuando estaban todos.